

pobres que entre los ricos. Los primeros tienen mayor simpatía por sus semejantes. Un mendigo callejero dijo que siempre obtenía más limosna de las pobres muchachas de la calle que de cualquier otra clase de personas. La virtud impone respeto, aun bajo las ropas de un mendigo.

«Los hombres hablan de los héroes y del elemento heroico», dice Mr. Binney; hay abundante lugar para la manifestación de este último en muchas posiciones humildes de la vida de las ciudades, y muchos de los primeros han vivido y obrado noblemente, a pesar de quedar ignorados. Las biografías más nobles no siempre han sido escritas. Han existido hombres grandes y heroicos, que han luchado en sus deberes diarios, que han sufrido y que se han sacrificado, conservando su integridad; que han servido a Dios y auxiliado a sus semejantes, sosteniéndose a sí mismos, que han desplegado en todo esto cualidades de carácter, de inteligencia, de valor y de bondad, que habrían honrado a un obispo, a un general o a un magistrado.

Recientemente hemos perdido a María Carpenter, una verdadera hermana de la caridad. En el transcurso de su vida activa se dedicó a recoger pobres abandonados. Fundó y dirigió un institutito de reforma en Bristol, cuyo éxito fué una revelación para todo el país. Armada con la pureza de propósitos, anduvo por callejuelas y barrios por los cuales apenas podía atreverse a andar un policía. Los horrores de los *back slums* se desplegaron ante su vista. De estos miserables alojamientos sacó ella los niños para sus escuelas de pobres. Puso manos a la obra con una intrepidez igual a la del mismo Juan Howard. Su pluma trabajaba sin cesar, poniendo este asunto constantemente ante la atención del público. Al fin ganó una gran victoria, porque el Gobierno adoptó su proyecto, y estableció institutos y escuelas de reforma, que tanto han hecho en favor de las clases desheredadas. Hay miles de hombres en nuestro ejército y en nuestra armada, y en todas nuestras industrias, que tienen motivo para bendecir el nombre de María Carpenter. La avanzada edad no fué obstáculo para que continuara su obra misericordiosa. A los sesenta años se fué a la India para sembrar las semillas de su sistema de educación en el mundo oriental. En resumen: hizo cuatro visitas a la India, siendo la última en 1876, cuando se acercaba a los setenta años. Vivió para ver que el fruto de sus trabajos surgía en todas direcciones, en una generación de hombres y de mujeres que, si no hubiera sido por ella, habrían quedado sumidos en el vicio y en el crimen. ¿Qué puede decirse de tales mujeres y de sus nobles hermanas en tales trabajos de abnegación, sino que constituyen la honra y la esperanza de la raza humana?

La finada Chisholm escogió un nuevo campo de labor. Se con-

sagró a ayudar para que emigrasen mujeres jóvenes y vigilarlas hasta que se hallasen debidamente establecidas. Cuando iban a partir de Southampton con un gran número de emigrantes, fueron obsequiados ella y su esposo con un banquete, en el cual hizo una relación del modo cómo había sido impelida hacia tarea semejante. «La idea de la vida—dijo—, cuando ésta es debidamente cumplida, es una tarea que conduce a la indecible dicha del cielo; así lo aprendí cuando era una niña, sobre las rodillas de Legh Richmond. Y recuerdo también después de esto, en mis primeros años, que jugaba con botes representados por cáscaras de nueces, ocupándolos en transportar a través del Océano a los miembros de familia separados, para que todos se juntasen en país extranjero. Y también recuerdo perfectamente haber puesto a un predicador wesleyano con un sacerdote católico en una misma cáscara como formando parte de mi juego. Mis ideas acerca de estos puntos deben haber nacido de la costumbre que tenía mi madre de hacerme quedar en la habitación cuando iban de visita los vecinos, algunos de los cuales eran viajeros, y hombres pensadores, que hablaban sobre las misiones, pues entonces empezaron los misioneros a ser un tópico de la conversación. Estas ideas me asaltaban continuamente conforme iba creciendo. Y tuve la ventaja de tener una madre a quien debo toda la energía de carácter que tengo, cualquiera que ella sea; porque era su consejo constante, que jamás derramara una lágrima, ni que nunca permitiera que el temor me desviara de mi propósito.»

Cuando llegó a ser mujer, se enamoró de un oficial perteneciente al ejército de la India. Pero antes de contraer los esponsales le dijo que sentía que de lo alto le había sido confiada una misión, y ésta era la de dedicar toda su energía al alivio del sufrimiento humano, aun cuando la escena de sus deberes pudiera estar fuera del país. La amó él entonces más todavía por esta confesión de niña; se conformó a todo lo que ella propuso, y poco después se casó la hermosa pareja. El esposo cumplió fielmente la condición impuesta; pero no sólo hizo esto, sino que ayudó también a su mujer en su tarea. Llegó la época en que era necesario hacer arreglos en interés de los emigrantes que habían sido enviados en 1850, y el capitán Chisholm se dió inmediatamente a la vela para Australia a su costo. Antes de irse, dividieron en dos partes su pequeña renta y se separaron.

La señora Chisholm fué luego a la India, y fundó un institutito para las hijas de los soldados europeos, llamado Escuela femenina de Industria, que aun existe. En 1858 visitaron ella y su marido la Australia para mudar de aires. «Allí—dice ella— encontré como unas cien mujeres solteras sin protección, sin empleo, continuando la llegada de otras en distintos buques, y como

resultado fatal, caían casi todas en una vida inmoral. Me consagré a la empresa de poner a salvo a estas pobres criaturas, proporcionándolas decente colocación como sirvientas. Por todas partes sólo encontré desaliento, pero perseveré y tuve éxito en mi propósito. Por fin me concedió el gobernador que pudiera dormir yo en una pieza pequeña con las muchachas, en el Asilo de Inmigrantes. Es cierto que estaba llena de ratas, como lo vi en la primera noche que entré en ella; pero las envenené y me mantuve en mi puesto. De ese modo podía ejercer sobre las muchachas una influencia personal al mismo tiempo que las estudiaba. Fundé un colegio para darles ocupación en los bosques, y conseguí colocar en buenos empleos a centenares de muchachas. En el desempeño de este objeto, hallé necesario al fin que había que mandar a los bosques a grandes partidas de estas pobres muchachas para conseguirles colocaciones, y que tendría que acompañar a estas partidas. Esto lo hice durante algunos años. Las partidas variaban de 100 a 150 cada una. Así continué trabajando durante muchos años en Australia. Adelanté mucho dinero para el transporte de emigrantes; pero me fueron pagados estos adelantos tan honradamente, que todas mis pérdidas no alcanzaron a veinte libras esterlinas durante este período. Y, con la bendición de Dios, fué el medio para obtener empleo y para colocar antes de irme de allí más de mil jóvenes en total; y siendo una proporción grande de ellas mujeres jóvenes, fueron salvadas de caer en una vida de infamia. Jamás olvidaré el entusiasmo de mi recepción de este día, y el de la salud de mi esposa e hijos, a quienes he criado aconsejándoles confiar en sí mismos y trabajar por sí mismos, y que nunca busquen la protección ni los sueldos del Gobierno, si tienen alguna consideración por la memoria de su madre.»

Tal vez pensarán algunos que éstos no son verdaderos ejemplos de heroísmo. Pueden presentarse ejemplos más sorprendentes y que causen mayor admiración, de hombres y de mujeres que se han dedicado a la salvación de las vidas de marinos naufragados en los mares. Nos llega una historia de la Australia occidental, que nos informa de los heroicos actos realizados por una joven señorita, Grace Vernon Bussell. El vapor *Georgette* había encallado en la costa, cerca de Pert. Acababa de ser soltado un bote con las mujeres y los niños a su bordo, pero fué volcado por la marejada, que era muy fuerte. Los desgraciados luchaban contra el agua, aferrados al bote, estando sus vidas en inminente peligro, cuando sobre la cresta de un promontorio escarpado apareció a caballo una joven.

Su primer pensamiento fué ver cómo salvaría a esas mujeres y niños que se ahogaban. Descendió del promontorio a galope

como, no es posible decirlo; apuró su caballo para que entrara en el mar, y más allá de la segunda línea de las rompientes, llegó donde estaba el bote. Logró llevar a tierra a las mujeres y a los niños. Había quedado aún un hombre, y volvió a meterse en el mar y le salvó. Tan bravía estaba la marejada, que fueron precisas cuatro horas para llevar a tierra a cincuenta personas. Conforme estuvieron en la ribera se fué a galope la heroica joven a su casa, que distaba doce millas de allí, toda empapada con la espuma del mar, y casi desvanecida por el cansancio, para enviar ayuda y socorro a las personas salvadas, que permanecían en la costa. Su hermana ocupó entonces su puesto. Encaminóse a la ribera atravesando los bosques, llevando consigo una provisión de te, leche, azúcar y harina. Al día siguiente fueron transportados a su casa los salvados, y se les atendió hasta que estuvieron lo bastante repuestos para seguir sus solitarios caminos. Es triste tener que hacer constar que la señora de Broockmann, hermana de la heroína, tomó un resfriado a causa de los esfuerzos y murió de fiebre cerebral.

No menos valerosa fué la conducta de una mujer joven, en los Shetlands, quien se hizo a la mar para salvar la vida de algunos pescadores, cuando ninguno ofrecíase a hacerlo. Había estallado una violenta tormenta sobre la remota isla de Unst, mientras que la escuadrilla pescadora, principal ocupación de los habitantes, se hallaba en el mar. Llegaron uno a uno los botes a puerto seguro; pero la última lancha estaba aún fuera, y se vió por los que estaban en tierra, que trabajaba y luchaba con serias dificultades. Se volcó, y vióse que los marineros se hallaban en gran peligro. En este estado de cosas, se adelantó Elena Petrie, joven esbelta, y suplicó encarecidamente que a todo trance se hiciese un esfuerzo para salvarlos. Los hombres dijeron que era arriesgado a una muerte segura salir al mar con una tempestad semejante.

No obstante, Elena Petrie estaba dispuesta a arrostrar la muerte. Metióse apresuradamente en un pequeño bote. Reuniósele su cuñada y su padre, manco de una mano; entró para dirigir el timón. Ya habían desaparecido dos de la tripulación del bote pescador, pero aun quedaban dos, agarrados de la quilla de su volcada embarcación. Eran éstos a quienes iban a salvar las mujeres. Al cabo de grandes esfuerzos llegaron al bote naufragado. En el momento de aproximarse fué arrancado uno de los hombres por el agua, y es seguro que se hubiese ahogado si Elena no lo hubiera asido de los cabellos y alzado al bote. El otro hombre fué salvado también y todos regresaron en salvo al puerto. Elena Patrie ganaba después su pan en la obscuridad como lavandera, hasta que hace pocos días recordó su muerte su exis-

tencia a las personas que conocían su historia (1). Es preciso suponer que las heroínas deben abundar en el país donde tales cosas pueden suceder.

¡Y Grace Darling! ¿Quién puede olvidar a la heroica mujer del faro de Longstone? Las islas desoladas de Fern se hallan frente a la costa nordeste de Northumberland, grupo de severas rocas basálticas, negras y desnudas, rodeadas por un mar rugiente y peligroso. En tiempo tempestuoso son inaccesibles durante días y semanas enteras. No tienen más habitantes que las gaviotas y los mergos que chillan entre las rocas. Pero en el punto más avanzado, la roca Longstone, habíase erigido un faro para indicar que se alejasen de allí los buques que pasaban entre Inglaterra y Escocia. Dos ancianos—un hombre y su mujer—y una joven hija de ellos, eran los que cuidaban del faro en una noche tempestuosa en septiembre de 1838.

El vapor *Forfarshire* iba en su viaje desde Hull a Dundee. El buque se encontraba en mal estado. Las calderas estaban en condición tan mala, que tuvieron que apagar los fuegos poco después de salir de Hull. Con todo, avanzaba aunque con trabajo hasta llegar a Saint Abb's Head, cuando una terrible tormenta lo hizo volver atrás. Durante la noche siguió el impulso del viento; hasta que por la mañana dió con espantosa fuerza contra las rocas de Hawkers. El buque se rompió partiéndose en dos. Nueve hombres de la tripulación tomaron posesión de un bote, y se dejaron arrastrar por la única salida por donde podía haber escape; fueron recogidos en el mar y conducidos a Shields. La mayor parte de los pasajeros y de los tripulantes fueron barridos por el mar y se ahogaron. La proa del buque quedaba fija sobre la roca: se hallaba ocupada por nueve personas, que gritaban pidiendo socorro.

Sus gritos fueron oídos por Grace Darling en el faro, que estaba a media milla de distancia. Era el último cuarto antes de apagar la luz, a la salida del sol, y Grace montaba la guardia. Aunque continuaba la neblina y el mar aun estaba tempestuoso, vio a los pasajeros náufragos agarrados de los cabrestantes de la proa del buque. Le rogó a su padre que bajara el bote, y él hiciera a la mar para salvar a los infelices que se ahogaban. Guillermo Darling declaró que esto sería marchar directamente a una muerte segura. No obstante, bajó el bote, y Grace Darling fué la primera en entrar en él. El anciano la siguió. ¿Para qué hablar del peligro? Las probabilidades de salvamento, de conservación propia, eran escasas. Mas Dios fortalecía el brazo de la mujer, cuando llamó a su corazón; y los dos se lanzaron en medio del espanto y del pavor.

(1) *Standard*, junio 28, 1879.

Con gran cuidado y vigilancia logró el padre desembarcar sobre la roca dirigiéndose al buque náufrago, mientras que Grace remaba hacia fuera y entre las rompientes, cuidando de que el bote no fuera hecho añicos. Uno a uno, fueron colocados en el bote los supervivientes y llevados al faro. Allí estaba la madre dispuesta a recibirlos, para cuidarlos, alimentarlos y volverlos a la salud y a la fuerza. Allí permanecieron durante tres días, hasta que se calmó la tormenta y pudieron ser llevados a tierra firme.

Conmovióse el espíritu de la nación con este acto heroico. Innumerables obsequios fueron enviados a Grace Darling. Desde parajes muy distantes fueron algunos artistas para hacer su retrato. Wordsworth escribió un poema sobre ella. Le fueron ofrecidas veinte libras esterlinas por noche para que se sentase en un bote en el teatro Adelphi durante una escena que representaba un naufragio. Mas ella no quiso abandonar su roca rodeada por el mar. ¿Por qué había de abandonar el faro? ¿Qué lugar más a propósito para guardar a esta reina? Uno que la visitó menciona su ingenua sencillez, sus maneras tranquilas y su verdadera bondad.

Tres años después del salvamento atacáronla síntomas de consunción. A los pocos meses murió, tranquilamente, feliz, religiosamente. «Poco antes de su muerte—dice Mr. Phillips—, recibió una visita de despedida de una señora, modestamente vestida, que iba a darle el adiós en su última jornada. La buena hermana era la duquesa de Northumberland, y su corona brillará más clara por siempre, con motivo de esa despedida afectuosa y femenina. Juana de Arco tiene su monumento. Que Grace de Northumbria no tenga ninguno. El hecho está escrito.

...In the rolls of Heaven, where it will live,
A theme for angels whom they celebrate
The high-souled virtues which forgetful earth
Has witnessed (1).

En la tierra firme del Northumberland, casi frente a las islas Fern, encuéntrase el castillo de Bamborough, sobre una elevada roca triangular. En los antiguos tiempos era una fuerte defensa contra las incursiones que hacían los escoceses, y también una fortaleza importante durante las guerras civiles de Inglaterra. En estos últimos años ha sido utilizado como asilo para los marineros náufragos, gracias principalmente a lord Crewe, obispo de Durham, y al arcediano Sharp. El noble destino que lord Crewe ha dado a este castillo ha originado mayores bienes

(1) En las actas del cielo, donde vivirá siendo para los ángeles tema cuando celebren las altas virtudes que la olvidadiza tierra ha presenciado.

que cualquier otra asociación de beneficencia particular en este país. Tienen lugar frecuentes naufragios a lo largo de la costa, y a los náufragos se les da todo el auxilio posible. Hay alojamiento para treinta marineros. Mantiénesse constantemente una patrulla que corre las ocho millas de costa todas las noches de tormenta, y si parece que un buque está en peligro, se lanza al agua el bote salvavidas. Durante las cerrazones se tocan las campanas para advertir a los buques que se separen de la costa. Cuando se observa que un buque está en peligro, se dispara un cañonazo, y dos si el buque ha varado o naufragado en las rocas. Al mismo tiempo se iza una bandera grande, para que los náufragos vean que de tierra se ha visto su situación. También hay señales para los pescadores de Holy Islands, los cuales pueden apartarse de las islas en tiempo en que ningún bote de tierra firme puede pasar por las rompientes. Toda clase de ayuda se les da, así a los de tierra como a los de mar, por este castillo samaritano que se halla sobre los promontorios.

«Así, cual poderoso ángel guardián — dice Guillermo Howitt—, está de pie este noble castillo, como espíritu vigilante sobre esos mares tempestuosos y llenos de peligros, y vive esta divina caridad, como excelso ejemplo de lo que puede continuarse haciendo un hombre bueno sobre la tierra, aun siglos después de haberla dejado. Cuando alguien vea a distancia las altas torres de este edificio verdaderamente sagrado, majestuoso en su aspecto como divino en su misión, repartiendo beneficios diarios en la tierra y en el mar, que bendiga la memoria de lord Crewe, como han tenido ocasión de hacerlo miles y decenas de miles, en la profundidad de la pobreza, y en los horrores de la obscuridad de la media noche, y como lo harán, cuando nosotros, como él, descansemos en el polvo.»

CAPITULO X

LA SIMPATÍA

It is the secret sympathy,
The silver link, the silken tie,
Wich heart to heart, and mind to mind,
In body and in soul can bind.

SIR W. SCOTT (1).

I ask Thee for a thoughtful love,
Through constant watching wise,
A heart at leisure from itself,
To soothe and sympathise.—MISS WARING (2).

Man is dear to man: the poorest poor
Long for some moments in a weary life,
When they can know and feel that they have been
Themselves the fathers and the dealers-out
Of some small blessings: have been kind to such
As needed kindness, for the single cause,
That we have all of us one human heart.

WORDSWORTH (3).

La simpatía constituye uno de los grandes secretos de la vida. Vence al más empedernido corazón, desarrolla la parte más noble del alma, y fortalece el bien. Desarma la resistencia, ablanda la naturaleza humana. Es una de las verdades sobre las que está fundamentado el cristianismo. «Amaos los unos a los otros», es un evangelio suficiente para renovar al mundo.

Cuéntase de San Juan que cuando estaba muy viejo—tan anciano que no podía caminar y que apenas podía hablar—, fué llevado en brazos de sus amigos a una reunión de niños cristianos. Púsose de pie y dijo: «Niños, amaos los unos a los otros.» Cuando se le preguntó: «¿No tenéis nada más que decirnos?» respondió: «Digo esto una y otra vez, porque, si lo hacéis, no hay necesidad de otra cosa.»

La misma verdad tiene aplicación universal. La simpatía se halla fundada sobre el amor. Es otra palabra de desinterés y

(1) La simpatía secreta, el argentino eslabón, el sedoso nudo es lo que puede unir el cuerpo y alma un corazón a otro corazón, una inteligencia a otra inteligencia.—WALTER SCOTT.

(2) Te pido que me des un amor atento, sabio por su observación constante, un corazón que no se ocupe en sí mismo, para calmar y simpatizar.—MISS WARING.

(3) El hombre ama al hombre: los más pobres de los pobres anhelan tener algunos momentos en una vida abrumadora, en que puedan comprender y sentir que ellos mismos han sido los padres y distribuidores de alguna pequeña bendición: que han sido bondadosos hacia aquellos que estaban necesitados de bondad, por la sencilla razón de que todos nosotros tenemos un corazón humano.—WORDSWORTH.